

Una de cada cinco personas no puede leer este texto

La Fundació Contes pel Món (FCM) es una entidad que nace con el objetivo de fomentar el hábito de la lectura entre los niños y jóvenes de comunidades desfavorecidas educativamente o con difícil acceso a la cultura escrita y a la literatura. Nuestra voluntad es hacer llegar cuentos a los niños de cualquier rincón del planeta.

Para ello recopilamos historias, mitos y leyendas de tradición oral, provenientes de distintos países y culturas, y los publicamos en forma de cuentos ilustrados, para su posterior distribución gratuita entre la población infantil de esos mismos países. La distribución la realizamos a través de escuelas, centros infantiles y talleres de lectura organizados por la propia Fundación.

Nuestra primera misión se está llevando a cabo en Mozambique, donde la respuesta está siendo muy buena, y donde ya hemos conseguido el apoyo de varias entidades, artistas y escritores locales para llevar a cabo nuestra tarea.

Nuestro lema: "*Ningún niño sin cuento*".

**Ruth Bañón Méndez**

*Coordinadora de Misiones de FCM*

Habíamos quedado en ir ese día a Matalana, pequeña aldea mozambiqueña a cincuenta kilómetros de Maputo. Los caminos que nos llevaron hasta allí seguían la antigua línea ferroviaria que enlazaba en época colonial Lourenço Marques, como se llamaba antiguamente a la capital africana, con Marracuene. El paisaje que se entretejía a lo largo de nuestro trayecto estaba acompañado en muchos de sus tramos por la presencia del río Incomati, que serpenteaba su grande cola de agua por las dilatadas llanuras de la región. Abundantes palmeras ornamentaban los márgenes del río con su cimbreante movimiento, el viento que acostumbra a viajar por las planicies las despeinaba elegantemente. Los hipopótamos y cocodrilos que habitaban el río compartían su lecho acuático con los pescadores, que recorrían la vía fluvial en pequeñas embarcaciones erosionadas por los años.

En un momento de nuestro viaje dejamos la carretera principal y las vistas del río por un camino más angosto e irregular que nos conducía por senderos interiores. El calor era sofocante, nos encontrábamos en plena estación seca y el sol es implacable en esos periodos. Su calor se derramaba espeso sobre toda la vida sostenida, los suelos estaban abiertos, resquebrajados, muchas de las plantas del camino se encontraban mermadas, la vida vegetal se volvía sobre sí misma, silenciada, en un periodo de espera,

**La  
Gran  
Lectura**



como de oración. Nosotros transpirábamos y nuestras respiraciones se hacían más dilatadas. El coche, a su paso por aquellos senderos sosegados, levantaba nubes de partículas de tierra, polvo amarillento que entraba por las ventanas y se adhería a nuestras pieles humedecidas. Aún bajo el efecto de esas altas temperaturas, podías cruzarte con los aldeanos que seguían haciendo su vida, caminando para dirigirse a sus diversos destinos y obligaciones diarias, muchas de ellas relacionadas con el cuidado de las *machambas*, pequeñas huertas de explotación familiar que los mozambiqueños acostumbran a cultivar en los patios de sus casas o en pequeñas porciones de terreno y que constituyen la base de la economía del hogar. Muchos de los rostros que cruzamos mientras duró el trayecto tenían nombre de mujer. Mujeres campesinas de diferentes edades, muchas de ellas llevando a sus hijos a las espaldas con la ayuda de tejidos coloridos. Sus andares eran armoniosos, en consonancia con el ritmo apaciguado de los campos, y sus pieles brillaban por el clamor de la luz vertida por el cielo. Mientras observaba estas imágenes efímeras por la ventana meditaba sobre la consistencia de los cielos africanos, sus eternos horizontes invertidos, incalculables para el ojo humano. Las nubes saturaban el espacio abierto de promesas líquidas que nunca llegaban a cumplirse, y la vida proseguía lacónica esperando la llegada del día en que el cielo se rompiera y cayera en pedazos sobre toda existencia yacente.

Y al fin llegamos a la aldea. Ésta contaba con unas pocas casas de adobe y paja diseminadas, algunos niños descalzos jugaban entretenidos con la arena y las ramas secas de los árboles, mientras las gallinas, perseguidas por sus polluelos, deambulaban libremente por los alrededores de las viviendas buscando algún grano extraviado para llevarse al pico. Algunas mujeres cocinaban en sus modestas cocinas exteriores, con fuegos hechos directamente en el suelo; los vapores alquímicos que salían de sus ollas, vagaban fugazmente por el aire en remolinos espectrales antes de desaparecer definitivamente ante la vista. Preguntamos enseguida, a uno de los pocos hombres que se encontraban, dónde estaban las contadoras de historias. Éstas nos esperaban, habíamos quedado con ellas para ese día y ya debían estar preparadas para el encuentro. Rápidamente se movilizó y dijo que esperaríamos sentados debajo de la sombra de una de las casas; así lo hicimos, mientras hidratábamos nuestros cuerpos. Al poco tiempo, apareció ese mismo hombre acompañado por una vieja que caminaba muy erguida, era muy delgada y su piel, recolectora de años, era árida como la tierra. Se presentó a nosotros en *ronga*, la lengua local. Se llamaba Pecina Chico Ngwenya y era la

contadora oficial de la aldea, llevaba atada a la cintura una vistosa *capulana*, tejido tradicional africano que constituye la vestimenta de las mujeres mozambiqueñas, y un pañuelo también de alegre estampado que le cubría la cabeza. Su mirada estaba nublada por unas manchas en los ojos de color azul, parecía que llevara en las pupilas dos pedazos de mar. Nos dijo que sus compañeras estaban llegando y se sentó con un chirriar de huesos cerca de nosotros. No nos dijo nada más mientras esperábamos, y su mirada parecía perdida, calculando imágenes imprecisas con su turbia retina. Al poco tiempo vimos llegar del fondo de uno de los caminos de Matalana a tres ancianas más; venían hacia nosotros con paso lento y ceremonial, alguna de ellas apoyada en una vara de madera. Cuando llegaron intercambiaron algunas palabras con la primera mujer, nos miraron impasibles y dijeron que estaban preparadas para comenzar. Matusse, que así se llamaba el hombre que las había avisado, se quedó con nosotros para traducirnos al portugués. Nos comentó que ellas accedían a contarnos los cuentos que habían aprendido de sus abuelos, pero que tenían que hacerlo debajo del árbol sagrado, que se encontraba a unos cuantos metros de distancia yendo por un camino que se perdía entre los cultivos de *mexoeira*, cereal nativo africano, base de la alimentación de aquellos pueblos. Llegamos a aquel árbol después de unos pocos minutos, acompañando la cadencia con la que las mujeres se trasladaban delante de nosotros por la senda polvorienta, mientras hablaban entre ellas con rumor agreste. El árbol tenía un cuerpo robusto que le permitía sostener la densa arquitectura de su copa, y algunas de sus raíces se retorcían sobresaliendo de la tierra como dedos curiosos que quisieran palpar la tierna superficie. Las mujeres se dispusieron a uno de los lados de su tronco, sentadas directamente en el suelo, agrupadas, muy cerca las unas de las otras, bajo la protección de la grande sombra; nosotros enfrente, a cierta distancia, las contemplábamos mientras terminaban de acomodarse. Los árboles, para muchas culturas ancestrales, son los puentes que enlazan los caminos invisibles del cielo y de la tierra, son los portales que comunican con los mundos sobrenaturales, que retoman los vínculos con los antepasados. Las antenas arbóreas filtran las voces ocultas, aquellas que se susurran en otras dimensiones del espacio y del tiempo. Los árboles son los ancianos testigos del pasar de generaciones, recaudadores de los secretos y misterios de la comunidad. Se convierten en altares, espacios sagrados, donde discurren los acontecimientos trascendentes de la aldea, dónde se comparten las enseñanzas y los frutos de la vida.

No me acuerdo exactamente cómo el silencio dio paso al sonido de aquellas voces arborescentes, pero las palabras empezaron a tomar vida entrelazadas unas detrás de otras. Los cuentos empezaron a surgir de las bocas de las ancianas, aunque sus voces parecían ahora rejuvenecidas por los relatos, eran frescas y risueñas, y creaban largas estelas de resonancias transparentes. Había momentos para los cantos y todas participaban en coro, entonando historias que hablaban de animales, de personas que ya hacía tiempo habían muerto o de cuando las voces de los espíritus se manifestaban a las personas del pueblo. Muchas de estas narraciones las aprendieron en sus noches de infancia, sentadas junto a hogueras, después de que los adultos terminaran sus largas jornadas laborales en los ciclos productivos de los campos, cuando ya no había nada más que hacer y sólo se esperaba a que el sueño habitara los cuerpos, cansados por el largo día. Estas historias las habían acompañado siempre y ellas mismas las reinventaban con el pasar de los años.

No sé exactamente cuánto tiempo pasó durante aquel intervalo de voces, pero sé que se hizo tarde porque el viaje circular de la luz nos avisaba de que en la tarde ya casi no quedaban sombras. Teníamos que volver a Maputo antes del anochecer, no era muy recomendable volver por aquellas carreteras con poca visibilidad. Nos acercamos a las mujeres, Pecina se levantó del suelo con dificultad. Su falda estaba llena de tierra, no hizo ningún ademán para quitársela, prefirió dejarla allí, entre los pliegues de su *capulana*. Nos dimos la mano, las suyas eran pequeñas y ásperas, sus articulaciones sobresalían como tubérculos rugosos. Con la mirada cansada, se acercó a mí y me dijo por primera vez en portugués: "*deben irse rápido, va a comenzar a llover fuertemente*". Yo me quedé sorprendida, pues aparentemente no parecía que aquello fuera a ocurrir, pero nos despedimos igualmente de todas ellas, agradeciéndoles todas las historias compartidas y retomamos el camino de vuelta a la ciudad.

El regreso discurrió tranquilo. Dentro del coche comentábamos la experiencia del viaje. El aire comenzaba a oler diferente, como a barro entre las manos, y todo lo escuchado aquella tarde polifónica resonaba en mi cabeza. Me quedé en silencio contemplando el paisaje, cada vez más urbano, cada vez menos cromático a través de la ventanilla. Agotados por la intensidad del día, llegamos por fin a la capital, lugar donde las historias nacidas en las bocas de aquellas mujeres se perdían entre los tránsitos de asfalto y antenas parabólicas. Un olor a lluvia vino acompañado de brisa y las primeras

*Una de cada cinco personas no puede leer este texto*

gotas cayeron esféricas en las calles. Llovió apasionadamente durante toda la noche, la ciudad se limpiaba de todo el polvo acumulado y los suelos rotos de las aceras sorbían cada una de las gotas, que se filtraban entre las raíces de las acacias, y que éstas bebían sedientas después de un largo tiempo de espera. Pensé en las mujeres de Matalana resguardadas dentro de sus casas de paja, en el árbol sagrado que absorbería el cielo entre sus brazos, en los suelos agrietados transformándose en lodo y en todas aquellas palabras pronunciadas que se fertilizaban.

**La  
Gran  
Lectura**

